

# LA NOVELA EN ESPAÑA Y LAS TÉCNICAS NARRATIVAS: EL NARRADOR

Juan Ramón DE ANDRÉS SORALUCE

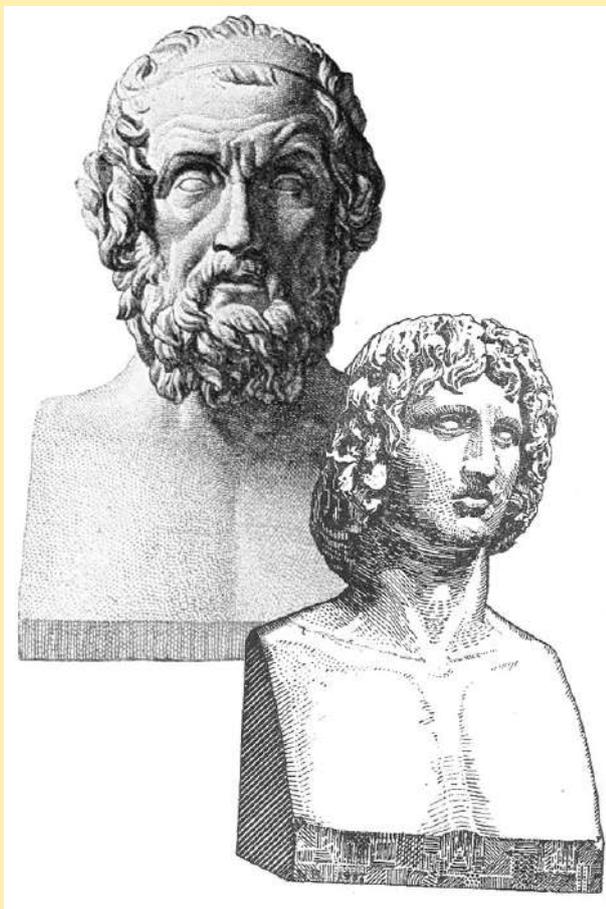
Ya desde tiempos remotos, los novelistas españoles no fueron ajenos a las nuevas técnicas de narrar y muy en concreto, a las referidas al autor de las mismas, al narrador. Muy probablemente por la cercanía del origen de este nuevo género literario, la novela, que veremos párrafos después, estas técnicas se circunscribieron durante mucho tiempo, a un único sistema del llamado acertadamente "narrador omnisciente"; el narrador "que lo sabe todo"; no solamente el nudo, la trama, el argumento de la narración, sino también el desenlace junto con todos los accidentes, momentos, lugares, además de la "vida y milagros" de todos y cada uno de los personajes. En suma todo, de ahí el sobrenombre de omnisciente. Este tipo de narrador es el más cómodo para el autor, para el novelista. De ahí su vigencia en todas épocas, Romanticismo y Realismo incluidos. Incluso, hoy día, el 80% de las novelas se rigen por este tradicional sistema.

nº 48 • octubre 2017

20

pregón

Nos acercaremos al verdadero origen del nuevo y último género literario, aparte de las escasas novelas de la época clásica grecolatina, las bizantinas Teágenes y Clariquea de Heliodoro y Leucipe y Cliftofonte de Aquiles Tacio, o la pastoril Dafnis y Cloe de Longo, además de las dos romanas, Satiricón de Petronio y Metamorfosis o El Asno de oro de Apuleyo. El único y verdadero origen de la novela, con todas sus consecuencias, hay que encontrarlo en esos convulsos años posteriores a la caída de Roma, cuando se sucede ese fenómeno de degradación de las artes y lenguas, ese período de empobrecimiento de las creaciones literarias, de las epopeyas. Los poemas épicos dejarán de cantarse en verso para escribirse en prosa. La prosa sustituirá a la métrica. Pues bien, este fenómeno de la prosificación del poema épico que lo convierte en novela, es el único origen del nuevo género literario, al que le espera ese futuro enorme como muy bien sabemos. Teniendo esto en cuenta, los grandes poetas épicos, pensemos en los dos mejores y primeros, Homero y Virgilio, eran ¡cómo no! narradores omniscientes. Sus prosaicos herederos, los novelistas, por lógica, lo seguirán siendo.



Homero y Virgilio, los grandes poetas épicos.

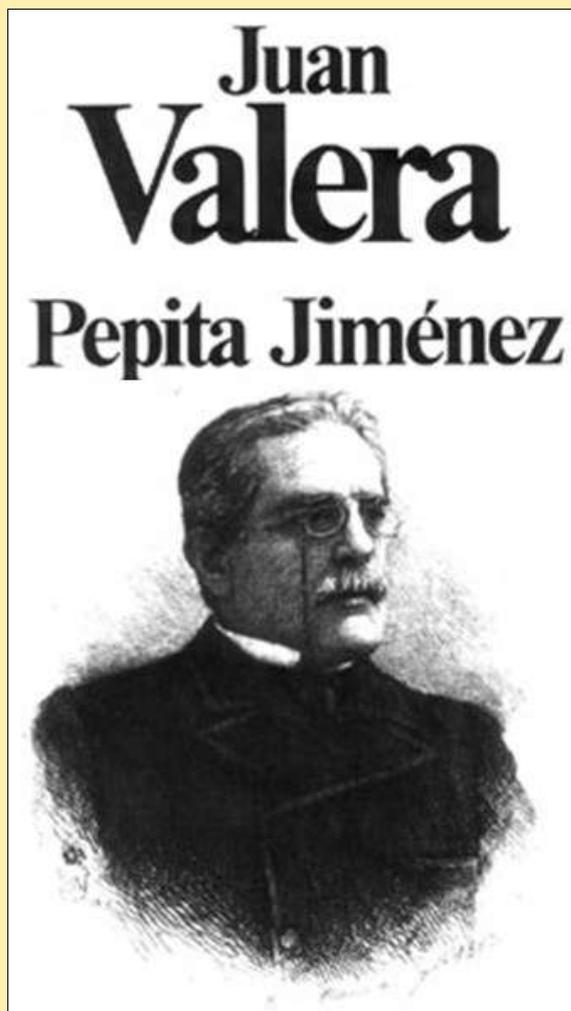
Ahora bien, éste secular, monótono y sempiterno sistema del narrador omnisciente, va siendo poco a poco minado por una soterrada decisión de, si bien no eliminarlo sí al menos sustituirlo, bien por otros supuestos narradores menos omniscientes, o bien por otros métodos de narrar. ¿Hay una lucha encubierta entre autor/ creador/ novelista y esos supuestos sistemas narrativos o, quizás, un pacto ente ellos? Nos da igual la respuesta. Lo importante es que se están socavando los cimientos de esa especie de monopolio de la narración, de ese pelmazo sabelotodo y que, ahora, deberán compartirlas distintas técnicas de narrar.

De muy antiguo, el creador literario de Bretaña Pedro Abelardo (1079-1142), se inclinará por escribir incendiarias, emotivas y lacrimógenas cartas a su amada y esposa Eloísa quien contestará amorosamente, reflejando ambos su dolorida tragedia sentimental, enclaustrados en monasterios separados y lejanos. Este impresionante epistolario burla el protagonismo al supuesto narrador omnisciente.



Abelardo y Eloísa. Cuadro de Edmun Leighton (1882).

Observamos que, nuestros novelistas estuvieron siempre en la vanguardia literaria; así la novela epistolar de Juan Valera (1824-1905), Pepita Jiménez (1874), con una primera parte, Cartas de mi sobrino, completamente epistolar. No obstante Valera confía la segunda parte a su potestad antes cedida de narrador omnisciente. En la tercera parte, Epilogo, vuelve a las cartas, ahora Cartas de mi hermano.

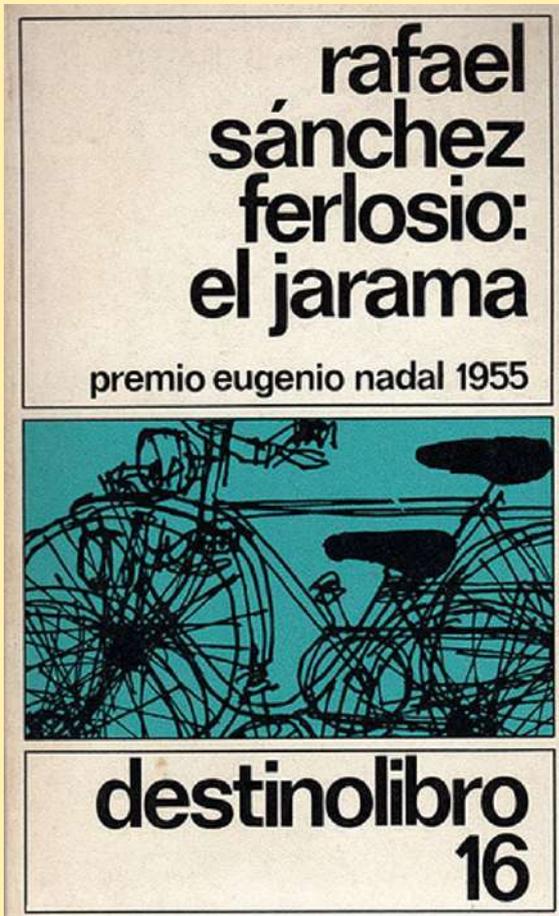


Pepita Jiménez, por Juan Valera.

Lo que sí está claro es que, también de antiguo, cierto tipo de novela se rebela contra el susodicho narrador y con toda la razón del mundo; son dos personas corriente, dos pícaros que pretenden contar su vida y trapacerías y eso deben hacerlo en primera persona, Lázaro y Guzmán, de Tormes y Alfarache respectivamente. El novelista Mateo Alemán se abstiene de momento de su condición de narrador omnisciente y le cede la narración a Guzmán, su protagonista, arquetipo de pícaro, que lo hará así en primera persona. Es-

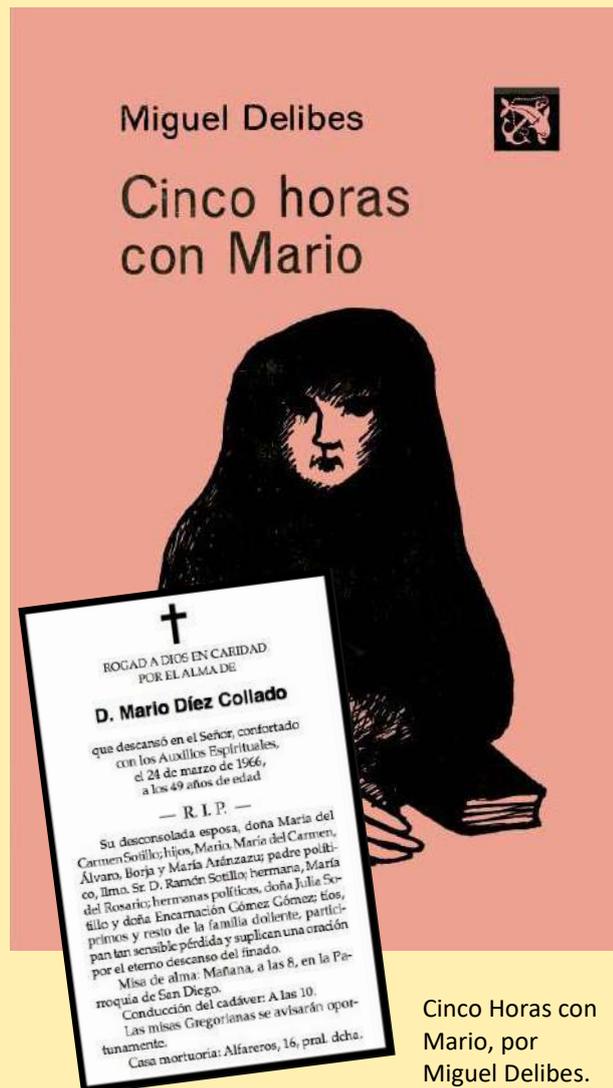
tá claro que el segundo gran embate contra ese monopolio de la narración en manos del sujeto omnisciente, lo libra la española novela picaresca. A partir de aquí, cualquier novela autobiográfica, deberá narrarse en primera persona.

El próximo e importante enfrentamiento corresponde a la novela dialogada. Este tipo de novela ha sido empleado con frecuencia por los novelistas españoles aunque son los norteamericanos los que más la frecuentaron. El autor de una novela totalmente dialogada, o novela objetiva, ya que no se depende de ninguna voz subjetiva, puede actuar, mutatis mutandis, exactamente igual que el dramaturgo ante su obra de teatro. Dotará a sus personajes de los soliloquios, diálogos e interlocuciones varias para suplir la narración/acción correspondiente que, como tal y antes posible sujeto omnisciente, prefiere dejar los trastos de la narración a sus criaturas. En España contamos con una paradigmática novela de Rafael Sánchez Ferlosio, *El Jarama*, donde un grupo de chavales va de excursión al río. Así compone la novela, la narración, sus vivencias, reflejadas en las conversaciones.



La novela dialogada, *El Jarama*.

Llegamos ya a las últimas, sinuosas y más sofisticadas técnicas para narrar. Se trata de los "monólogos interiores" o "el fluir de la conciencia (stream of consciousness)". En ellos cualesquiera de los personajes de la novela puede "hablar consigo mismo", manifestando todo tipo de sensaciones, ideas, acaecimientos, recuerdos o ensueños, incluso el más difícil, "cual Marcel Proust lo hizo", emociones y sentimientos (tristezas, alegrías, nostalgias, melancolías...). El lector se habrá sorprendido al comprobar que si la pretensión era combatir al sujeto omnisciente, bastante más omnisciente es quien conoce sentimientos y emociones, productos íntimos del alma. No hay persona omnisciente capaz de conocer lo más íntimo del ser humano. En todo caso este "fluir de la conciencia o de los pensamientos" ha sido y es muy utilizado por todo tipo de novelistas desde el citado gran autor de su *Tiempo perdido* hasta los monólogos más sencillos, con ideas y pensamientos, del autor noruego Karl Ove Knausgard.



Cinco Horas con Mario, por Miguel Delibes.

En nuestro país el primero en liza fue Miguel Delibes con su obra Cinco horas con Mario, de la que destacaremos su primera edición en Destino, Ancora y Delfín, diciembre del 66. La misma comienza con una esquila mortuoria de Mario Díez Collado, ante la cual y su cadáver de cuerpo presente, su viuda Carmen se dispone a velarlo y sostener su última conversación de cinco horas, como reza el título de la novela.

Pero es Antonio Muñoz Molina el que a nuestro juicio saca más partido a éste "fluir de la conciencia, del interior del personaje". Así lo realiza en su Plenilunio y aún más en La noche de los tiempos. Estamos alrededor del día 18 de julio de 1936 y el joven arquitecto Ignacio Abel comprometido en acudir a Manhattan, camina por Madrid, sudando tinta en su angustioso monólogo interior buscando respuesta a su deber de permanecer esos importantes días en su país o su obligación que le espera en Manhattan.



Antonio Muñoz Molina.

Sin embargo, la última vuelta de tuerca la realizará Andrés Trapiello en Ayer no más. Ahora son varios, más de un personaje, los que nos van dando su particular monólogo interior. La novedad es que Trapiello no

nos dice de quienes son cada uno de esos monólogos. El lector tiene que realizar una pequeña labor, un poco parecido al realizado en las siempre atractivas novelas policíacas.



Andrés Trapiello.

Y como final, considero que hay en el país dos grandes novelistas que no necesitan perder su tiempo eligiendo técnicas narrativas, aunque lo hagan por prestigio, porque ambos son fabuladores natos, respiran fabulación por todos sus poros. Nos referimos a Luis Landero y Juan Manuel de Prada.



Juan Manuel de Prada y Luis Landero.